

SANTIAGO KOVADLOFF¹

Amanece

Es curioso: oigo llover y a la vez cantan los pájaros.
Podría ser que el agua recién comience a caer
y que los pájaros aún no lo hayan advertido.
O podría ser que los pájaros lo hayan advertido
y estén, en realidad, dejando de cantar.
Pero podría ser también que haya empezado a llover
y que los pájaros lo sepan
y aun así se larguen a cantar,
y que por fin haya nacido el día inesperado.

Vuelo

Ascendemos. Despegamos. Newton queda atrás.
Hay una rápida
conversión de lo familiar en vacío.
Un mundo sin forma nos da la bienvenida:

¹ Docente, poeta, ensayista, traductor y periodista (Bs. As. 1942). Es miembro de número de la Academia Argentina de Letras, miembro correspondiente de la Real Academia Española y vicepresidente de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas. Desde el año 2016 preside el capítulo argentino del Club de Roma. Su obra es amplia y variada y de ella destacamos en poesía: *Zonas e indagaciones* (1978); *Canto abierto* (1979); *Ciertos Hechos* (1985); *Ben David* (1988); *El fondo de los días* (1992); *Hombre en la tarde* (1997); *Ruinas de lo diáfano* (2009); *Líneas de una mano* (2012); *Hecho de cosas pequeñas* (2015); *Hombre Reunido* (2016) y, *¿Quién sos?* (2019). <http://santiagokovadloff.blogspot.com/>

estamos en el cielo.

Ascendemos, despegamos. Las nubes se disuelven.
Son el último adiós de lo sabido.
A bordo lo confirman
los hombres que se duermen de inmediato.

Solo nos da consistencia
un rugido incesante que viene de afuera.
Volamos, volamos. Calles y casas cedieron.
En otra parte, hoy es lunes. Lunes,
a esta altura,
nada significa.

Busco amparo en la oferta
de una pantalla refulgente y muda.
Ella repite, frente a mí, adónde vamos,
de dónde venimos.

Algo indecible en la boca
y un temblor leve en las manos
imponen sin embargo otra evidencia;
estamos y no. Somos y no.
Jonás en la ballena. Intrusos en el cielo.
Pasajeros.

De noche en el campo

Estalló un madero en la oscuridad.
Fue un quejido seco, claro.
Vino de una pared del ropero
o vino del respaldo de una silla.
No fue un ruido venido de afuera.
No fue el paso de un intruso.
No fue el eco desvelado
de un animal que deambulaba.
Fue un madero.
Crujió y se hizo oír

quizá al cabo de muchas horas
días acaso, meses soportando
la presión de lo indecible.

No hay lugar a confusión: oí un madero.
Un madero que gime como un alma.
Estalló en la oscuridad.

Poesía, cosecha del indigente

Mirándolos se diría
que todos se han resignado a un invierno sin fin.
Replegados en el “Café de las dos cruces”,
cautivos, poco menos que hechizados,
abren cada tanto pequeños surcos de luz en las ventanas
que la niebla opaca enseguida
y acceden sin aliento a la nieve que no cesa,
a calles solas, marchitas y encharcadas.
Ha llovido, nieva, nada pasa.
Espera, manos muertas, murmullos sin fe.
Una antigua quietud que gotea de un tiempo sin horas.

Aquí en Botafogo, en cambio,
el sol ciega un mar vencido por la dulce indolencia
del verano.
Desde aquí los imagino,
ante un mar que derrama mansedumbre
sobre los cuerpos desnudos y dormidos;
desde la arena encendida, veo a los hombres cautivos
que abren pequeños surcos de luz en las ventanas.

¿Qué quiero, qué no sé?
¿Qué buscan estas simetrías?
¿Qué esconden desplegándose?
¿Adivino, sueño, escucho?
Vivo atrapado en el lenguaje como un oso en una red.
Él dispara zarpazos, yo imágenes sin rumbo.
No encuentro lo que está donde lo busco.

Las cosas

Entro a casa a las tres de la tarde.
Yo no debía volver hasta la noche
pero un olvido me impuso el regreso.

No hay nadie aquí.
Camino a mi cuarto me golpea
la inmóvil contundencia de las cosas
y me siento un intruso en la casa vacía.

Las cosas son los habitantes de la casa.
Las cosas que salen a vivir
cuando no estamos
y un silencio quieto oprime todo
como un dios insidioso a su universo.

La extraña relevancia de un zapato,
la ropa inerte en la cama deshecha,
vasos a medio beber en la cocina,
prueban que a esta hora
la casa nos excluye,
que aquí, a esta hora, solo viven las cosas,
las cosas desprendidas de nosotros
que se extienden por la casa con un aliento ajeno,
con una fuerza que me empuja hacia la puerta,
que exige que me vaya, que olvide lo que busco,
que vuelva por la noche a una casa que no es ésta.

Docencia

Una desconocida se enamoró de mí.
Dicen que fue anoche, oyéndome hablar sobre
Atenas.

Sin embargo, mientras hablaba
y mis palabras iluminaban su corazón
con el fulgor de antiguas virtudes griegas,

yo pensaba en las delicias de la pesca de
la trucha
y en la sombra oscilante del sauce en setiembre,
cuando se ha bebido mucho y sólo se desea
un buen sitio para dormir.

Llevo en esto muchos años.
¿Cómo esperar comprensión de una mujer
enamorada?

